

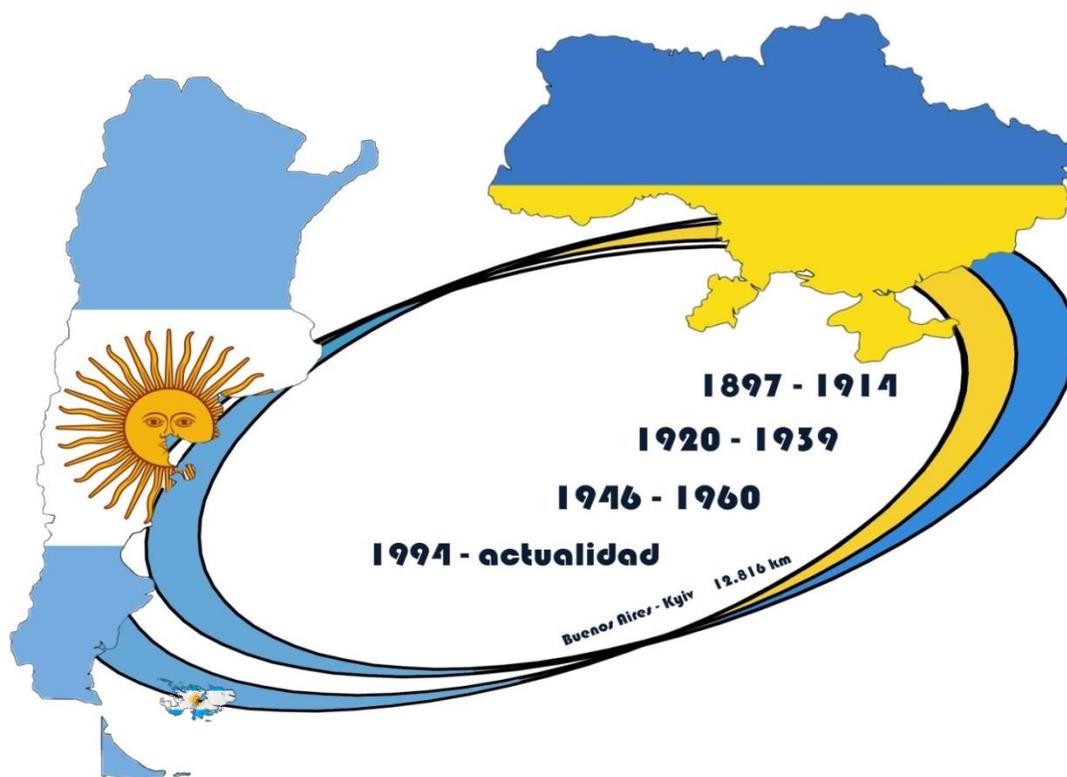
La



Embajada de la
República Argentina
Ucrania

presenta

«DESCUBRIENDO MIS RAÍCES»



Nº 10

Palabras de bienvenida

Me complace darles la bienvenida a la duodécima entrega del Boletín "Descubriendo mis raíces", una publicación digital de carácter periódico elaborada por la Embajada de la República Argentina en Ucrania, que promueve el conocimiento de destacadas personalidades del ámbito de la ciencia, los negocios, la cultura argentina, entre otros, de origen ucraniano y/o cuyos orígenes familiares se remontan a ciudades que actualmente forman parte de Ucrania.

Las corrientes migratorias ucranianas hacia la Argentina se inician desde finales del siglo XIX, y posicionan a la comunidad como la séptima diáspora ucraniana a nivel global, con alrededor de 350.000 miembros, incluyendo, en algunos casos, varias generaciones.

Se pueden identificar cuatro corrientes inmigratorias principales, si bien no excluyentes, de ucranianos que arribaron a nuestro país, a saber: 1897-1914; 1920-1939; 1946-1960; y desde 1994 hasta la actualidad. No obstante, tener registros de esporádicos arribos anteriores, la primera inmigración organizada se instaló en la ciudad de Apóstoles, Provincia de Misiones.

Sin perjuicio de ello, se ha identificado varias familias provenientes del territorio de Ucrania, más precisamente de la ciudad de Kamianets-Podilskiy, que arribaron a la Argentina en agosto de 1889 y fundaron la primera colonia agrícola judía en la Argentina denominada Moisésville en la Provincia de Santa Fe.

Todas y cada una de las corrientes inmigratorias han dotado a la Argentina de valiosos representantes, ya que tanto quienes alcanzaron pública notoriedad como aquellos que permanecen anónimos, han colaborado significativamente mediante su trabajo, esfuerzo, creatividad y conocimientos en la conformación de la Argentina actual.

Los trascendidos sobre la generosa hospitalidad de la Argentina llegaron a la lejana Europa del Este y Central. Nuestro país abrió sus puertas a una amplia y fecunda serie de migraciones internacionales.

Es menester asimismo destacar la valiosa labor que las organizaciones de la comunidad ucraniana han realizado en la Argentina con el objetivo de preservar las tradiciones y valores ucranianos en nuestro país.

En la actualidad, la Representación Central Ucrania (RCU) (www.rcucrania.com.ar) presidida por el prestigioso neurocirujano y Cónsul Honorario de Ucrania en la Provincia de Buenos Aires, Dr. Pedro Lylyk (<http://lylyk.com.ar>), nuclea a más de 30 asociaciones de la comunidad ucraniana, entre cuyos principales miembros se encuentran la Asociación Ucraniana de Cultura "PROSVITA" (www.prosvita.org), presidida por el Arq. Jorge Danylyszyn, y la asociación ucraniana "Renacimiento", presidida por el Sr. Victor Budzinski.



Equipo de la Embajada de la República Argentina en Ucrania

La Cámara Argentino-Ucrania de Comercio e Industria (CAUCI) (www.cauci.com.ar), presidida por el Lic. Oleh Jachno, tiene a su cargo, desde su fundación en 1992, la promoción de los negocios a nivel bilateral.

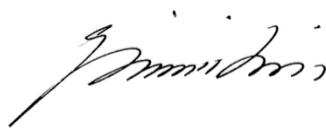
Es posible encontrar en la historia argentina ucranianos y descendientes de ucranianos que se han destacado en numerosos ámbitos y disciplinas, tanto a nivel nacional, regional como internacional.

Basta sólo mencionar a personalidades tales como el bioquímico y ganador del premio Nobel de Medicina, César Milstein; la pianista Marta Argerich; el folclorista Horacio Eugenio "Chango" Spasiuk; la poetisa Alejandra Pizarnik; el escritor César Tiempo; el luthier Marcos Mundstock; los fundadores y propietarios de las empresas productoras de yerba mate "Rosamonte", Demetrio Hreñuk y "Romance", Miguel Ángel Gerula; el autor de la reciente publicación sobre la comunidad ucraniana "Nashe Llude", Jorge Balanda; el medallista olímpico Pedro Stetsiuk; la meteoróloga Nadia Zyncenko; el bioquímico y virólogo Dr. Pablo Goldschmidt; el investigador demográfico de la diáspora ucraniana, egresado de la Universidad de Buenos Aires, Dr. Oleh Wolowyna; el ex futbolista José Chatruc; y el técnico de fútbol José Néstor Pekerman, entre otros.

Los testimonios en la presente edición cuentan con el consentimiento de los participantes, no tienen carácter exhaustivo, sino que buscan transmitir la ostensible riqueza en la diversidad de las experiencias de vida de los entrevistados. Se invitó a personalidades de origen ucraniano de gran prestigio internacional, que han logrado generar un significativo impacto en la sociedad argentina, reflejando la fecundidad del vínculo entre Ucrania y Argentina.

El boletín constituye una iniciativa interreligiosa, abierta e integradora, atenta a la incorporación de nuevas figuras de origen ucraniano en la Argentina. Doy la bienvenida a aquellos que expresen interés y estén dispuestos a participar en los próximos números y, a tal efecto, queda a disposición la casilla de correo electrónico euca@mrecic.gov.ar y nuestra invitación para compartir sus historias, recuerdos y experiencias.

Un saludo cordial,



Elena Leticia Mikusinski

Embajador de la República Argentina en Ucrania

Mensaje del Diputado Popular de Ucrania Sviatoslav Yurash



**Diputado Sviatoslav
Yurash**

Parlamento de Ucrania Comité de Política Exterior y Cooperación Interparlamentaria Presidente del Subcomité de Relaciones y Protección de Derechos e Intereses de los Ucranianos en el Exterior

La década de 2020 debería convertirse en un elemento especial para las relaciones entre Ucrania y la diáspora ucraniana. Durante más de cien años nuestras comunidades en ciudades y pueblos de la Argentina han sentado las bases para relaciones únicas entre nuestros Estados.

Desde hace muchos años no somos desconocidos, sino viejos amigos. Sin tomar en cuenta las miles de millas marinas que nos separan, nuestras naciones se han convertido en vecinas: en la Argentina, argentinos y ucranianos comparten las mismas calles, escuchan la misma música, y sus hijos juegan en los mismos parques y plazoletas.

Siempre me atrajo el fenómeno de la diáspora. Igual de grande es el coraje demostrado por los colonos que superaron todas las dificultades relacionadas con su asentamiento, y la amabilidad y sinceridad de las personas que los han aceptado. Y a su debido tiempo, la Nación argentina nos ha ayudado a nosotros, los extranjeros de otros continentes, en búsqueda de refugio, trabajo y, lo más importante, de libertades. Al no haber recibido tierra en Ucrania, pudimos cultivarla en Apóstoles.

Huyendo de la persecución política, se nos dio la libertad de palabra y comenzamos a editar el periódico "La voz de Ucrania". Al salvar a nuestros hijos de la recesión económica, pudimos enviarlos a las escuelas y universidades argentinas en la ciudad de Berisso. Para 300 mil ucranianos, Argentina se convirtió en una tierra de oportunidades y desarrollo. Y así, desde finales del siglo XIX, los argentinos han estado ayudándonos para preservar nuestras tradiciones, idioma y fe.

Las relaciones entre Argentina y Ucrania tienen 300 mil oportunidades, puentes e historias de amistades. Los ucranianos de la Argentina son los mejores embajadores de Ucrania en todas las áreas, sin excepción. Desde la medicina hasta el deporte, escriben las historias de dos países que están tan distanciados uno del otro en el mapa, pero unidos por valores comunes. Ser vecinos de diferentes continentes es un milagro que se hizo posible por la hospitalidad de la Nación argentina y el coraje de los inmigrantes ucranianos.

Una nueva generación de diplomáticos y políticos ucranianos tiene que establecer relaciones extraordinarias con la diáspora ucraniana en Argentina. El tema de la diáspora

debería tratarse más en los manuales de historia, deberían crearse nuevos programas de intercambio educativo entre universidades de ambos países, y debería desarrollarse una cooperación más profunda en la diplomacia cultural. Sin exagerar, el Estado ucraniano debería crear todas las oportunidades para la diáspora y facilitar su concurrencia a Ucrania, para el aprendizaje de la historia y, especialmente, del idioma. Dado que los ucranianos somos una familia numerosa que vive en todos los continentes y necesitamos saber más sobre nuestros familiares.

Claramente hay potencial para una mayor cooperación en agricultura, medicina y el sector de las tecnologías de información. Estos son los tres planos fundamentales que son igualmente importantes para nuestros países y sobre los cuales podemos crear una visión compartida de las relaciones bilaterales. Las hojas de ruta para el futuro común de Argentina y Ucrania deben ser desarrolladas principalmente por las familias ucranianas de las ciudades y pueblos de nuestro amigo y socio latinoamericano. Dicho camino debe incluir su experiencia, conocimiento y visión de oportunidades y desafíos: desde la profundización del comercio hasta los esfuerzos para reducir las emisiones de dióxido de carbono en la atmósfera.

Para cada uno de los ucranianos, la historia de la diáspora es un ejemplo particularmente inspirador de confianza en uno mismo, coraje y hospitalidad. Esta es una historia de libertad perdida en la Patria y encontrada en un país nuevo. Y nuestra gratitud a la Nación argentina por tal asistencia debe estar grabada en ejemplos concretos de cooperación que mejorarán las vidas de ambas naciones.

Sviatoslav Yurash

Diputado de la Verkhovna Rada (Parlamento) de Ucrania

Sviatoslav Yurash es Diputado de la Verkhovna Rada (Parlamento) de Ucrania de la Novena Convocatoria desde agosto de 2019 por la lista del partido "Sluga Narodu/Servidor del Pueblo". Es Presidente del Subcomité para las Relaciones y Protección de Derechos e Intereses de los Ucranianos en el Exterior del Comité de Política Exterior y Cooperación Interparlamentaria del Parlamento de Ucrania. Es Presidente de la Delegación Permanente de Ucrania en la Asamblea Parlamentaria GUAM (Georgia, Ucrania, Azerbaiyán, Moldavia - Organización para la democracia y el desarrollo económico); miembro adjunto de la Delegación Permanente del Parlamento de Ucrania ante la Asamblea Parlamentaria de la Unión Europea- Asociación Oriental (grupo parlamentario Euronest); Presidente de los Grupos parlamentarios de Amistad con Irlanda y con la República Federativa de Brasil; Vicepresidente Adjunto de los Grupos Parlamentarios de Amistad con Japón e Israel, y Secretario del Grupo Parlamentario de Amistad con Estados Unidos.

Mensaje del Prof. Viktor Pogromsky* en el Centenario del reconocimiento de la República Popular de Ucrania por parte de la Argentina

"Estimados amigos, mi nombre es Viktor Pogromsky. Soy un historiador ucraniano y llevo mucho tiempo investigando las relaciones entre Ucrania y Argentina. Este año, 2021, celebramos una fecha importante, se cumplen 100 años del reconocimiento "de jure" de la República Popular de Ucrania por parte de la República Argentina.



Prof. Viktor Pogromsky

La etapa inicial de las relaciones entre Ucrania y Argentina estuvo llena de diversos eventos. De hecho, hubo varias oleadas de migración ucraniana. Al principio, en la década del 1880, la migración de ucranianos tenía como fondo los problemas económicos. La gente viajó a la Argentina en busca de un nuevo destino, de una nueva vida, llenos de esperanza de una vida mejor, y en su mayor parte así fue. Luego llegaron los años turbulentos de la lucha por la liberación Nacional. Este es un momento en el que el pueblo ucraniano se unificó en un intento por obtener la condición de Estado. Lamentablemente, factores externos han llevado al fracaso de la formación de nuestro Estado-Nación y ya para 1921 la República Popular de Ucrania, de hecho no existía, por así decirlo. Pero el proceso de la Conferencia de Paz de París, el cual se refería a la finalización y las condiciones de paz luego de la Primera Guerra Mundial, reunió a todas estas fuerzas. Fue durante este período y durante estos días de la conferencia del 5 de febrero de 1921 que el Gobierno argentino reconoció "de jure" la RPU. De hecho, fue un paso muy simbólico, porque Argentina fue el primer país latinoamericano en reconocer a la República Popular de Ucrania, y resultó que fue el último.

Me gustaría llamar la atención sobre el proceso de formación de la diáspora ucraniana que ha tenido lugar. Mucha gente sabe, especialmente en Ucrania, que la diáspora ucraniana en Argentina cuenta con casi 300.000 personas que son descendientes de ucranianos o que se identifican como ucranianos. La formación de esta diáspora remite a períodos muy difíciles de la historia de Ucrania.

Me parece muy importante resaltar que los argentinos de origen ucraniano sepan que en Ucrania conocemos y recordamos los difíciles caminos que recorrieron sus antepasados. Los primeros ucranianos que llegaron a la Argentina, en la década de 1870 y 1880, aunque no podemos establecer con certeza el año sabemos en qué período tuvo lugar, eran residentes de la provincia de Yekaterynoslav. Un papel muy importante en la emigración jugaron los puertos ucranianos del Mar Negro, como Mykolayiv, Odesa y Mariupol. Estos puertos se convirtieron en la puerta de salida de los grupos emigrantes. Ya operaban un gran número de compañías

navieras de clase internacional, que brindaban apoyo informativo a los emigrantes. Cabe señalar que varias oficinas consulares atendían dentro de los territorios ucranianos. Los más conocidos, y de hecho los más activos, fueron los consulados ubicados en Lviv, Odesa y Mykolayiv. Este es otro vínculo importante entre la Argentina y las tierras ucranianas de ese período.

Otra dificultad que enfrentaron los ucranianos durante el reasentamiento fue el hecho de que nuestras tierras estaban bajo la influencia de diferentes formaciones estatales. Por un lado, Austria-Hungría, y por el otro el Imperio Ruso. Y los tratamientos para la emigración también fueron diferentes.

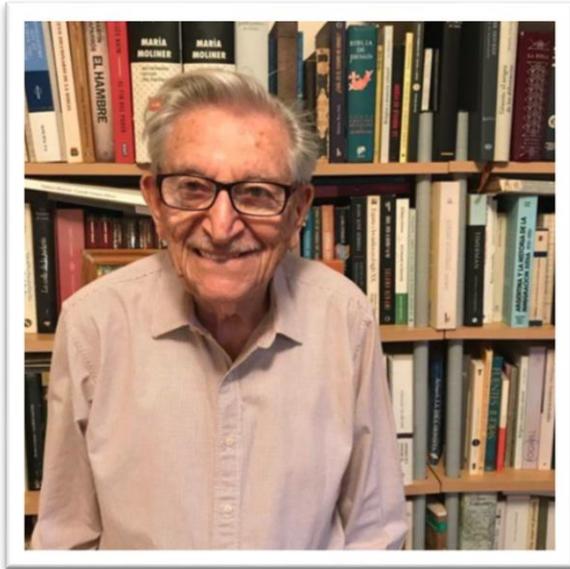
Pocas personas saben, pero el sur y la parte central de Ucrania también estuvo involucrada en movimientos de emigración, especialmente antes de la revolución de 1917.

Los pueblos de Argentina y Ucrania tienen una historia común. En los tiempos turbulentos de la lucha por la liberación nacional, la formación del estado ucraniano y, de hecho, en los tiempos modernos, cuando en 1991 se proclamó la independencia de la Ucrania moderna. Asimismo, me gustaría señalar que los ucranianos que emigraron a la Argentina a principios del siglo XX formaron movimientos de emigración hacia América del Norte y del Sur.

Algunos de ellos se establecieron en los Estados Unidos, otros se mudaron a Canadá, de una forma u otra, siguieron siendo el núcleo ucraniano, que preservó nuestras tradiciones, idioma, cultura y se convocaron a principios de los 90, fecha en la que se obtuvo nuestra independencia, la base del estado ucraniano surgido nuevamente en la última década del siglo XX. Felicitaciones por el centenario del reconocimiento de Argentina a la República Popular de Ucrania. Estoy muy agradecido por la fructífera cooperación y el apoyo al pueblo ucraniano.

* PhD en Ciencias Históricas, Profesor Asociado del Departamento de Economía y Emprendimiento, Universidad Nacional del Mar Negro "Petro Mohyla" (ciudad de Mykolaiv), presidenta del Consejo de Supervisión de la ONG "Instituto de Investigación para los Estudios de la Historia Mundial, Etnología y Procesos Políticos"

Abrasha Rotenberg



Abrasha Rotenberg

Escritor y periodista

Abrasha Rotenberg es un escritor y periodista que desarrolló su actividad en Argentina, donde fue cofundador de la revista Primera Plana y de los periódicos Nueva Sion y La Opinión. Se casó con la cantante, compositora y educadora Dina Rot y es padre de la actriz Cecilia Roth y del músico Ariel Rot.

Nació en 1926 en un pueblo, Teofipol, de la actual provincia (óblast) de Khmelnytskyi. Llegó a Buenos Aires, Argentina, a la edad de ocho años, junto a su madre, migrantes de Ucrania que en aquel entonces era parte de la Unión Soviética. También residieron en Magnitogorsk y en Moscú.

En Buenos Aires cursó sus estudios en establecimientos educativos laicos argentinos mientras simultáneamente estudiaba hebreo e idish en el Seminario de Maestros Hebreos. Mientras ejercía como maestro en una escuela judía se recibió de Contador Público Nacional en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires y en 1950 y 1951 cursó economía y sociología en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Durante su estadía en Israel colaboró en publicaciones periodísticas y en la radio Kol Yisrael -La Voz de Israel- en la que fundó el departamento en idioma castellano que emitía programas para Latinoamérica y España. Al retornar a Buenos Aires se dedicó a ejercer su profesión y se especializó en asesorar empresas editoriales. Lector y crítico apasionado de las corrientes políticas e intelectuales de la época y su experiencia profesional lo llevan a participar en proyectos editoriales de gran relevancia. A partir de entonces comienza su extensa relación con el ámbito periodístico y cultural argentino.

En 1976 se exilia con su familia en España huyendo de la dictadura militar argentina. Tras residir 37 años en Madrid vive actualmente en Buenos Aires.



Abrasha Rotenberg y Diana Rot con su hija Cecilia Roth y su nieto Martín

Foto: @ceciroth



Ciudad de Teofipol
Óblast/provincia de Khmelnytskyi

Libros publicados:

- ✓ Última carta de Moscú (prefacio de Juan Gelman), ediciones del Taller de Mario Muchnik en España y Editorial Sudamericana (Argentina)
- ✓ La Opinión amordazada, ediciones del Taller de Mario Muchnik y Editorial Sudamericana (Historia Confidencial)
- ✓ Raíces y Recuerdos, Ediciones Lilmod, Argentina
- ✓ Chistes judíos que me contó mi padre, libros del Zorzal
- ✓ La amenaza, Editorial Obloshka, Argentina

Entrevista con el Sr. Abrasha Rotenberg realizada por la Sra. Embajador Elena Leticia Mikusinski

Los recuerdos de mi vida en la Unión Soviética están vivos en mi memoria. Cuando comentaba con mi madre algunos episodios de mi infancia ella, sorprendida, me decía: “no puede ser, si tenías dos o tres años en esa época.” Era cierto: recordaba y recuerdo todavía.

Nací en Teofipol, que en esa época distaba unos 30 km de la frontera con Polonia. Viví unos años en ese pueblo, en la casa de mis abuelos paternos, los Rotenberg, desde el día que nací, el 4 de mayo de 1926, nueve años después de la Revolución. Mi padre tuvo que huir de la Rusia comunista, porque no tenía ninguna profesión, ni estudios, ni era obrero, ni campesino, es decir era un parásito para el sistema, un hombre sin futuro. Tras trabajar unos meses en París pudo llegar a la Argentina donde vivía su hermano mayor. Yo lo conocí casi ocho años después. Fue el encuentro de dos desconocidos. No nos entendimos durante años pero tuvimos la suerte de descubrirnos y disfrutarlos unos meses antes de su muerte. Tardamos 7 años hasta que nos autorizaron a salir de la Unión Soviética, pero mientras tanto crecí en dos hogares muy diferenciados, los de mi familia materna, hermanos de mi madre apasionados por la Revolución y mi familia paterna, en la casa de mis abuelos, más mesurados en relación al nuevo régimen. También viajé mucho y residí en ciudades distantes de mi lugar de nacimiento. Como mi madre trabajaba y estaba mucho tiempo ausente, pasaba mucho tiempo con la familia de mi abuelo, en Teofipol. Recuerdo la casa de mi abuelo, recuerdo un caballo de mi abuelo con el cual me paseaba, recuerdo el río cercano y a los campesinos que volvían de segar trigo y cantaban. Era coros colectivos que todavía resuenan en mis oídos y me llevan a aquellos



Abrasha Rotenberg, 1930
Foto: @abrasharotenberg

atardeceres calmos de Ucrania y a sus paisajes donde descollaban los áureos trigales que aún hoy se mecen ante mis ojos a pesar de los 90 años transcurridos. En mayo intentaré cumplir 95.

Mi abuelo dominaba el panorama con su presencia física. Todos, excepto yo, le temían.



Abrasha con sus amigos de Teofipol, Natasha y Volodia

Foto: @abrasharotenberg

A mí me trataba con cariño porque yo era una especie de huérfano de madre que trabajaba lejos y de un padre ausente que se ganaba la vida como buhonero en la lejana Buenos Aires. Mi abuela era una apasionada por la lectura. La recuerdo sentada junto al portal de la casa inclinada sobre un libro por su miopía mientras la casa era un caos que a veces su nuera (mi madre) ordenaba cuando estaba presente.

Tuve cinco tíos, cuatro varones y una mujer de parte de los Rotenberg. Mi padre y su hermano mayor residían en la

Argentina, Un tío, el menor, me llevaba unos pocos años y encabezó a un grupo de partisanos que sabotearon al invasor nazi. Fue delatado por uno de sus compañeros y colgado en medio del pueblo. También tuve una tía, casada con un judío ultra religioso que odiaba a los ateos comunistas y recibió alborozado la llegada de los alemanes. A los pocos días lo fusilaron. Mi familia paterna no era comunista. Solo un tío militaba en el Partido pero por una venganza de origen amoroso y político fue denunciado falsamente como trotskista, confinado en Siberia y desaparecido para siempre. También había un hermano ingeniero especializado en bosques que vivía en Moscú. Fue el único sobreviviente de la familia a quien volví a ver muchos años después de la guerra.

También me amparó en mi infancia la familia de mi madre, Golodner, que era más culta y politizada: casi todos los hermanos militaban con pasión en el Partido Comunista. No tenían nada que ver con la familia de mis abuelos paternos donde se discutía a los gritos pero nunca de política. En esa casa de política se hablaba en voz baja. No me gustan los países donde, para hablar de política, se debe bajar la voz.

En las casas de mis tíos maternos se cantaba. No conocí a mis abuelos maternos porque murieron



Abrasha con su mamá Dunia, 1932
Foto: @abrasharotenberg

muy jóvenes. Pero sus hijos, mis tíos, eran optimistas y positivos, estaban convencidos que llegaba el hombre nuevo, fruto de la revolución, el constructor de un futuro ideal, equitativo y generoso para el pueblo soviético. Sabemos lo que sucedió en esos setenta años: para muchos el sueño se convirtió en pesadilla. El futuro quedó atrás y el mundo se desencantó de las ideologías. En cambio ahora priman las ideas del individualismo egoísta y una nueva era, tecnológicamente deslumbrante, nos carga de incógnitas para las cuales la dirigencia política no tiene respuestas. Esos jóvenes del komsomol, la juventud comunista, mis tíos, revolucionarios, comunistas, que tenían todas las respuestas, terminaron sus días, desencantados, residiendo en países capitalistas. Otros hermanos se quedaron donde vivían, en Zaporizhia, una ciudad industrial. Yo visité Zaporizhia en 1967 donde me encontré con mis tíos maternos supervivientes de la guerra quienes, en esa época aún soñaban con un mundo socialista.

Vuelvo a la familia de mi madre, a mi infancia. Vivían a una distancia de unos veinte kilómetros de mi pueblo natal Teofipol y se llamaba Zapadyntsi, pero su población judía la denominaba Zapadeñetz. Recuerdo sus bosques y sus árboles frutales, y las casas de mis tíos, una especie de jardín de los cerezos chejovianos ubicadas fuera del pueblo del cual no tengo recuerdos tan nítidos como los tengo de Teofipol. En aquella época Teofipol tendría unos mil habitantes y una calle central. Frente a la casa de mis abuelos vivían nuestros vecinos más cercanos y sus dos hijos; la niña tenía mi edad y era mi compañera de juegos y su hermano era mayor y siempre nos fastidiaba con su conducta grosera. Cuando los alemanes invadieron la Unión Soviética y algunas tropas se instalaron en Teofipol, mi amiguito Volodia, que en esa época tenía unos 18 años se transformó en el ayudante y confidente del oficial alemán encargado de buscar a los judíos de la zona para aniquilarlos. Mi amigo Volodia condujo a los alemanes a la casa de mi abuelo que estaba en cama y enfermo junto a mi abuela. El oficial alemán les ordenó que salieran de la cama y lo siguieran, pero mi abuelo, que conocía su destino - llevaban a los judíos al bosque y allí los asesinaban - dijo: “no, no, yo de acá no me muevo”. El oficial alemán, que era muy joven e inexperto, comenzó a titubear sin saber a qué atenerse. Mi amigo Volodia le arrancó la pistola de la cartuchera y sin piedad asesinó a mis abuelos. Su hermana Natasha, mi amiguita de la infancia, fue la amante del oficial nazi a cargo de la zona. Después de la guerra ambos fueron juzgados y encarcelados. Tras cumplir su condena volvieron a Teofipol donde mi tío Aron los descubrió entre el público que asistía a la inauguración de un monumento en homenaje a los héroes que lucharon contra el invasor alemán. En este caso a nadie le interesó demasiado lo que los alemanes y muchos colaboracionistas ucranianos le hicieron a los judíos durante el dominio nazi. Así se escriben las mentiras de la historia: un colaborador de los nazis homenajeando a aquellos héroes que los enfrentaron.

Mi madre era una mujer enérgica, temeraria, luchadora y joven. En esa época debía tener unos 24 años y no se resignaba a vivir en un pueblito. Tuvo que luchar durante años para conseguir la visa de salida de la Unión Soviética solo para que yo tuviera un padre, un hombre que se ganaba la vida como vendedor ambulante en las calles de Buenos Aires. Toda la mercancía que llevaba sobre sus hombros (toallas, camisas, vestidos, medias) se las había fiado y las debía. Para pagar a sus acreedores necesitaba venderla y lo hacía en condiciones muy

riesgosas: a crédito y de palabra. Dependía de la honestidad de la gente que en esa época era un bien común: la mayoría de sus clientes cumplían con la palabra empeñada. Nadie firmaba ningún documento pero la fragilidad de la situación era notoria porque todo su activo, todos los bienes que cargaba sus hombros equivalían a todas sus deudas. Mientras tanto de la Unión Soviética no permitían salir a nadie del país. Tardamos siete años hasta que nos dieron la autorización definitiva, la deseada visa. La consiguió mi padre ayudado por el azar encarnado por un autor soviético invitado a la reunión del Pen Club internacional que se iba a celebrar en Buenos Aires en 1932, pero esa es otra historia.

¿Cómo vivíamos mientras tanto mi madre y yo en la Unión Soviética esperando como a Godot la llegada de la inalcanzable visa? Mi madre consiguió trabajo en Magnitogorsk, una ciudad industrial modelo ubicada en los Montes Urales, un proyecto de Stalin para quién acero más electricidad equivalía a socialismo. Magnitogorsk, era y sigue siendo una de las ciudades industriales más contaminadas del mundo, poblada de chimeneas, humo y aire irrespirable. Vivíamos en barracas colectivas y en condiciones alimenticias, higiénicas y habitacionales inhóspitas, casi entre tinieblas porque día y noche las chimeneas vomitaban humo. Los habitantes de Magnitogorsk provenían de todas las Repúblicas Soviéticas y eran, a los ojos de un niño, muy pintorescos. Vivir en Magnitogorsk, a pesar de sus carencias, tenía para mi madre una ventaja excepcional: quien trabajada en esa ciudad industrial tenía el derecho, después de un período, a una visa para residir en Moscú. Cumplido el contrato nos pudimos trasladar a Moscú donde mi madre consiguió un trabajo de un buen nivel de ingresos. Vivíamos en una casa colectiva, un edificio de quince pisos o más, de unos 1000 metros de superficie cada uno. En cada piso se sucedían unas cuarenta habitaciones separadas por tabiques de madera y amuebladas sobriamente: un armario, una cama (o dos) y una mesita y dos sillas.

Cada piso disponía de dos baños colectivos. En verano me sentaba a la entrada del edificio para observar la interminable fila de turistas que provenían de todos los rincones de planeta y esperaban horas para entrar al Mausoleo de Lenin y honrar al héroe que gestó la revolución. Vivíamos sobre la Plaza Roja, frente al Kremlin, en el corazón histórico de Moscú. Esto sucedió en el año 1931. Años más tarde, en 1967 visité Moscú y busqué esa casa colectiva de la cual tenía recuerdos tan vivos pero tras muchos trámites supe que la habían derribado. En ese momento sentí que habían destruido un momento feliz de mi infancia.

En esa época viajé dos veces a Ucrania. Una vez al pueblo de mis abuelos Rotenberg y otra a las casas de mis tíos maternos, los Golodner. Viajaba solo pero recuerdo que me subían a un tren en Kiev y pedían a algún desconocido que inspiraba confianza que me cuidara. Cuando llegaba a mi destino, Moscú, me recibía el tío Aron o su esposa y cuando podía, mi madre. Tengo en mi memoria mi primer viaje, solo, a Moscú. Me senté junto a una mujer fina y agradable escuchaba a quien mis tías, muy preocupadas, habían pedido que me vigilara. Conversé horas con ella hasta que mi madre me recogió en la estación de tren en Moscú. Era una mujer muy cálida que me escuchaba con atención y se reía de mis relatos. Cuando nos despedimos me abrazó, me dio un beso le dijo a mi madre una frase muy generosa sobre mi compañía. Fui un niño muy conversador, un hábito que ha perdurado a lo largo de mi vida en desmedro de muchos

inocentes desprevénidos. En esa época yo hablaba ruso y ucraniano fluidamente, dos idiomas que lamentablemente perdí para siempre.

Decía Simone de Bouvoir que lo más terrible de la tragedia es que uno se habitúa a ella. Hoy casi nos parece normal que mueren tantas personas por el COVID, pero las primeras noticias nos aterraban. Lamentablemente la tragedia, con el tiempo, se convierte en estadística y se deshumaniza.

Recuerdo mucho la hambruna en Ucrania. Para mí no fue una estadística sino una experiencia que me marcó. El hambre es excluyente y no te permite pensar en otro tema que el de superarlo alimentándote. No era fácil dejar de pensar en comer durante todo el día, sobre todo en Ucrania. En aquella época alimentábamos con papas y muchas veces con cáscaras de papas. Creo que comí carne por primera vez en mi vida cuando salimos de la Unión Soviética pero no lo vivíamos como tragedia porque todos estábamos en las mismas condiciones y no conocíamos otra opción. Teníamos hambre y lo aceptábamos como parte de nuestra realidad. Además, a diario nos machacaban que nuestro futuro sería glorioso y que valía la pena este sacrificio que costó millones de vidas.

Nunca voy a olvidar una tormenta que presencié mientras me alojaba en casa de mis tíos maternos en Zapadyntsi. En el huerto se destacaba un peral cuya altura siempre me impresionó. Mientras lo observaba estalló una tormenta y un ventarrón hizo caer al suelo varias peras. Mis primos y yo comenzamos a correr y a embucharnos desesperadamente todas las que podíamos tragar. Jamás había comido una pera y descubrir ese nuevo sabor generó un momento mágico de placer y júbilo. Nunca volví a disfrutar una pera tan sabrosa. Después del sorprendente banquete las peras desaparecieron y volvimos al hambre y a fantasear con tormentas salvadoras y manjares inexistentes.

¿Qué puedo contarle en este encuentro tan espontáneo sobre mis recuerdos de Ucrania, señora Embajadora? En realidad, viví en la Unión Soviética casi 8 años. De esos, tal vez 4 o 5 en Ucrania por la que siempre tuve la fantasía, que se frustró, de volver alguna vez sobre todo a Teofipol, el pueblo donde nací. Y un día, por una travesura del azar, se me ocurre abrir la computadora y por google web buscar la palabra Teofipol, para averiguar qué sucedió con ese pueblito y dónde estaba la casa de mi abuelo y no reconocí el plano ni las fotos que aparecían. La calle donde vivíamos,



El padre de Abrasha
Foto: @abrasharotenberg

que era la única vía transitable no podía haberse movido y el río cercano a la casa de mi abuelo ¿había cambiado su curso?

Tal vez los campesinos siguen cantando cuando regresan al atardecer pero seguramente no caminan porque se montan sobre modernos tractores y sus hijos ya nos son campesinos sino ingenieros o residen en alguna ciudad del país o del mundo capitalista. Mi paseo por google a Teofipol me regala una inesperada sorpresa y me pregunto: ¿Qué es esto? Porque de pronto aparece mi nombre: Abrasha Rotenberg. En Teofipol. No lo puedo creer.

En el año 1976, bajo la dictadura militar, tuve que exiliarme en España con mi familia. En Madrid, asociado a un prestigioso profesional, fundamos la Editorial Altalena que, además de publicar libros sobre la Historia de España, la presencia árabe y judía y su influencia cultural y otras colecciones sobre temas actuales, agregamos algunas publicaciones lúdicas, fundamentalmente de humor. Un día en que yo estaba un poco deprimido se me ocurrió que podía recuperar mi humor con todos los chistes judíos que conocía. Escribí unos 80 o tal vez más y lo publicamos como un libro de colección titulado "Chistes judíos que me contó mi padre". En uno de los chistes reproduce un diálogo que se suscitó en un tren. Un pasajero pregunta a otro: "y usted a dónde va?", y no se me ocurrió otra respuesta "voy a Teofipol", una broma para mí mismo, que el sistema digital incorporó mecánicamente al nombre de mi pueblo natal, ahora una ciudad de unos 7000 habitantes que se hizo famosa en el mundo entero porque allí nació el autor de este libro genial. En realidad nadie se enteró de la existencia de estos chistes porque google lo incorporó en su idioma original, el español, una lengua que los habitantes de Teofipol no utilizan habitualmente. El recuerdo de Teofipol y su gente persiste en mi memoria, en mi sensibilidad y en mis ensueños. Cuando recuerdo mis días en Teofipol, rodeado de calor familiar y sus paisajes, tengo la sensación de que en esa época, pese a todas mis adversidades, fui un niño feliz.



Abrasha Rotenberg y Dina Rot
Foto: @abrasharotenberg

... Con Dina, mi compañera de casi setenta años que falleció hace unos meses, habíamos estado en Moscú y en Zaporizhia donde residía parte de nuestra familia materna pero nunca conseguimos una autorización para visitar Teofipol, aunque lo intentamos sin éxito. Cuando residíamos en Madrid fue nombrado embajador de Israel en España mi pariente y amigo Herzl Imbar. Cuando le comenté sobre mis frustrados deseos de visitar Teofipol y la imposibilidad de conseguir una visa me insinuó que tal vez podía ayudarme porque era amigo del embajador de la Unión Soviética y que intentaría conversar con él. A los pocos días Hezl me llamó para informarme que el embajador soviético estaba encantado de ayudarme y que un colaborador iba a encargarse de solucionar mis problemas. A los pocos días

tuve una llamada del Consulado. Un funcionario se presentó amablemente para informarme que tenían la intención de solucionar mi problema pero que, lamentablemente, el pueblo de Teofipol ya no existía. Sorprendido por la noticia le respondí, pidiéndole disculpas para no ofenderlo, que no podía ser, que se trataba de un error porque hacía unos años estuve con Dina en Moscú visitando a mis tíos y me contaron que habían estado en Teofipol en la inauguración de un monumento en honor a los héroes que lucharon contra la invasión nazi, asunto que mencioné anteriormente. Un pueblo no puede desaparecer repentinamente en tiempos de paz. A lo que el funcionario respondió que el equivocado era yo: “no existe, no está en el mapa”. Yo no salía de mi asombro. Cuando hablé con mi pariente, el embajador de Israel cuyos ancestros provenían de Teofipol, me comentó que él estaba perplejo pero que el embajador soviético también le ratificó que el pueblo había desaparecido y no figuraba en los mapas. Ante tanta certeza acepté las evidencias de la realidad. Me sentí frustrado y dolorido porque parte de mis sueños infantiles, mis primeros amigos y la ternura de mis abuelos habían sucedido en ese escenario. Un año después recibí la llamada un funcionario de la embajada Soviética quien en nombre del embajador me comunica que lamentablemente, por mi información errónea se produjo un malentendido: “usted nos dijo que Teofipol era un pueblo pero no la pudimos encontrar porque desde hace muchos años tiene categoría de ciudad y nosotros la buscamos como pueblo”. Suspiré sorprendido y aliviado. Puedo estar tranquilo. Nací en un sitio que existe, pero solo tiene su nombre. Ya no están mis abuelos, ni mis tíos, ni mis primos, ni los campesinos con sus cantos y sus azadas, ni siquiera el río. “Todo ha muerto, ya lo sé” ¿Para qué voy a volver a ese sitio?- me pregunté. Hoy tengo la respuesta.

Antes de viajar a la Argentina viví unos meses en Teofipol y comencé a estudiar en la escuela primaria. Fue una época muy dura para una Ucrania marcada por el hambre, la escasez y la crisis política, económica y financiera. El Estado se hacía cargo, exclusivamente, de la educación pero no había suficiente dinero para que cada alumno tuviera un libro de estudio y por lo tanto cada ejemplar se compartía entre dos y en días alternados. Ya habíamos conseguido la visa de salida y sabíamos en qué fecha nos vendrían a buscar para conducirnos hasta la estación del tren que nos llevaría al norte y de allí otras ciudades como Berlín y Bremen de donde zarparíamos hacia la Argentina. Yo conocía la fecha en que nos vendrían a buscar pero se trataba de un secreto porque cada ciudadano que abandonaba la Unión Soviética era considerado un traidor. Mi madre me pidió que no le comentara a nadie hacia dónde íbamos a dirigirnos porque los vecinos estaban habituados a que ella o yo viajáramos regularmente y una nueva salida, aunque con un desmesurado equipaje, no llamaría la atención. Yo quería quedarme con el libro de estudios para no olvidar mi idioma, el ruso. Mi último día de estudios (una fecha que ningún compañero sabía que lo era) traje el libro a casa con la intención de no devolverlo porque me empeñé en llevármelo secretamente a la Argentina. Nuestro patrimonio (ropa, edredones y almohadas rellenas con plumones, mi libro, unos discos y otros elementos inútiles para un país cálido) fue cargado sobre un carro que nos conduciría a una estación de tren cercana. La despedida de mis abuelos y de mis tíos fue dramática porque sabíamos que nunca nos volveríamos a ver. Mi madre y yo nos sentamos junto al carrero y mientras nos alejábamos de nuestra familia comencé a sentirme excitado y feliz porque iba a conocer otros países y a otra parte de nuestra familia y también a mi padre cuya historia y fotografías me

suscitaban sentimientos contradictorios. Repentinamente me sentí perdido: frente a nuestro carro, entre curioso y asombrado, apareció el compañero que compartía mi libro. Observaba boquiabierto nuestra presencia. Nada dijo pero yo moví mi brazo en señal de despedida como si nada hubiera sucedido pero estaba cometiendo una fechoría, me estaba quedando con un libro ajeno y, además, perjudicaba a un inocente. A los pocos meses y con un notorio retraso en relación a la fecha prevista llegamos a la Argentina. Una epidemia de tracoma nos retuvo en Berlín unos cuarenta días mantenidos generosamente por Hitler que ignoraba que éramos judíos y veníamos de un país comunista. En Buenos Aires conocí a mi padre, a mis tíos y primos. Convivíamos en una casita en la Paternal, en una calle de inmigrantes italianos, españoles y judíos. Los italianos estaban enfrentados, algunos eran fascistas y otros antifascistas y los españoles estaban divididos entre monárquicos y republicanos. Aunque se llevaban mal todos concordaban en un sentimiento: detestaban a sus vecinos judíos.

Mientras nos acercábamos a la Argentina mi madre decidió que debía llegar a Buenos Aires luciendo la elegancia soviética. Antes de atracar en Santos, Brasil el peluquero me rapó sin piedad y al pasear por la ciudad mi madre me compró un traje marinero que lucí ante la mirada sorprendida de mi familia al conocerme en el puerto de Buenos Aires. Cuando llegamos a Morelos, una calle parcialmente adoquinada que se prolongaba como tierra virgen hasta el arroyo Maldonado, hoy Avenida Juan B. Justo, y me descubrieron los chicos del barrio, comenzó mi martirio. Me empezaron a gritar, a reírse de mí y a vociferar palabra cuyo significado no comprendía pero no dudaba de que fueran hostiles. La casita en que vivíamos era una torre de Babel: mis tíos hablaban idish (el idioma de los judíos de Europa del Este basado en el viejo alemán medioeval con incrustaciones en hebreo y palabras de países en los que residieron, como ruso y polaco) y un castellano elemental. Mis primas hablaban idish y castellano. Mi padre (lo evalué después) hablaba un idish mediocre, un ucraniano mediocre y un español macarrónico. Mi madre aprendió rápidamente un español pasable, dominaba el ruso y el ucraniano y recordaba el idish de su infancia que fue perfeccionando con lecturas. Yo no conocía ni una palabra de idish, ni siquiera sabía que era judío.

Cada vez que salía a la calle los chicos del barrio me hostigaban pero había palabras en español que repetían constantemente. Cuando se burlaban de mí no me importaba pero los gritos constantes y repetidos me daban miedo. Los aprendí de memoria y se las repetía a mi madre que casi era mi única interlocutora porque con mis primas no tenía un idioma común. Como mi madre tampoco sabía castellano lo comentó en idish con mis primas, pero nada me dijo. Después de varios días de hostigamiento algunos chicos me interpellaron y con palabras elementales comencé a entenderlos y ellos a mí. Cuando se dieron cuenta que yo no entendía sus insultos dejaron de burlarse. Sin embargo el asunto no dejó de intrigarme y le pedí a mi madre que me contara qué había sucedido. Entonces, señora Embajadora, mi madre me explicó que me gritaban “Judío, asesino de Cristo” y que se trataba de una mentira que difundían algunas personas muy malas. Y luego me aclaró que además de ser ucranianos nuestros antepasados provenían del Cercano Oriente, éramos judíos, un pueblo que había inventado la idea de que una vez por semana había que descansar, que los esclavos debían ser libres después de servir siete años, que los ricos estaban obligados a dejar parte de sus cosechas para los pobres y que para convivir en paz la gente tenía que respetar diez reglas mínimas, como no robar, no matar y otras

similares. Que no me sintiera insultado porque provenimos de un pueblo que cambió la historia del mundo, de un pueblo de una gran cultura, no de asesinos. En ese momento me empecé a interesar por mi origen judío y mientras estudiaba en la escuela argentina también aprendí idish y hebreo y hasta fui maestro de esas lenguas aprendidas. Terminé estudiando en la Universidad Hebrea de Jerusalén. El judaísmo, siendo ateo, es para mí una pasión cultural y una ética. Leo mucho el Antiguo Testamento el Nuevo Testamento también. Disfruto a los profetas sobre todo los que denuncian las iniquidades sociales, como Amós, al pensamiento profundo del Eclesiastés y los Salmos de David y me fascinan personajes del nuevo testamento como Pablo de Tarso, que es el verdadero promotor del cristianismo. Lo que relato se gestó después de abandonar un país donde se afirmaba que la religión era el opio de los pueblos. No se podía hablar ni ir a la Iglesias ni a las Sinagogas. En ese ambiente me formé pero no puedo renunciar al placer que me producen las historias de la Biblia y la actualidad de muchas de sus leyes sociales.

Cuando me apropié del libro que compartía con mi compañero de banco y con mi condenable conducta contribuí a aumentar el analfabetismo en Ucrania, no pude imaginarme cuántos años iba a padecer por esa acción infantil, sobre todo por su inutilidad. Arribamos a Buenos Aires en noviembre de 1933 pero en julio de 1934 yo ya hablaba un español aceptable, ayudado por la escuela, la radio y la calle. Podía conversar y discutir con mis vecinos del barrio y con mis primas. Cada día el ruso y el ucraniano perdieron presencia en mi vida porque lo utilizaba únicamente para conversar con mi madre. De vez en cuando releía alguna página del libro hurtado hasta que, sin darme cuenta, quedó sin abrir durante semanas en algún rincón. Tenía ocho años, había ingresado al primer grado inferior con niños de 6 años, me expresaba peor que todos y, además no pasaba desapercibido porque era el más alto de la clase. A mitad de año me pasaron a primer grado superior y rápidamente me acomodé a las exigencias de la clase. En agosto se produjo un fenómeno que aún no pueden explicar los psicólogos, psicoanalistas, psiquiatras y los estudiosos del cerebro y eruditos que consultamos. En ese mes de agosto de 1934 estuve enfermo durante una semana. Fiebre altísima, fatiga, insomnio y también días enteros durmiendo, rostros preocupados y luego la recuperación con su inexplicable sorpresa: me había olvidado del ruso y del ucraniano, como si nunca lo hubiera conocido. No recordaba ni una palabra y jamás los pude recuperar. Infligí uno de los diez mandamientos (no robarás) gratuitamente, privé a mi compañero de un instrumento esencial para su educación sin beneficiar a nadie. La culpa me persiguió durante muchos años pero confieso que ya la he superado. Me abstengo de explicar cómo y porqué pero no dudo que se trató de una experiencia dolorosa que marcó mi vida.

La nostalgia y la mitología sobre mi niñez soviética fueron una presencia constante en mi vida. Fantaseaba con volver y descubrir en qué se habían transformado aquellas aldeas que me cobijaron y en las que recibí mucho amor y sufrí mis primeros desencantos. En Buenos Aires vivíamos pendientes del desarrollo de la guerra y cuando terminó y nada supimos de nuestra familia, esperábamos que se produjera un milagro, que alguien, aunque fuera uno solo de los hermanos, se hubiera salvado.

Unos años después de terminar la guerra recibimos una carta de mi tío Aron, hermano de mi padre, un ingeniero especialista en bosques. La carta, sin firmar, decía “soy Aron el único

sobreviviente de la familia” (paterna), y agregaba que toda la familia de mi madre también fue asesinada y no quedada ningún superviviente. Esa carta la recibimos alrededor de 1950. Desde entonces mis padres no dejaron de llorar por la familia asesinada. En el año 1964 llegó una carta muy extraña de un amigo de mi tío Aron, un hombre a quien mi madre recordaba vagamente. En la carta el amigo informaba que mi tío vivía en Moscú, que estaba casado y tenía un hijo estudiante universitario y una hija minusválida que nació durante el asedio alemán a Leningrado. La niña necesitaba muchos cuidados y medicinas y su situación económica no le permitía satisfacerlas, pero su principal problema era el alimenticio. En Moscú los alimentos escaseaban y el amigo solicitaba ayuda para el tío Aron y su familia. El amigo era muy detallista: adjuntó una lista de los productos que necesitaban pero solicitó que le enviáramos las encomiendas a su casa, porque él no era judío como mi tío y en ese momento había una política estatal de desconfianza y hostilidad contra los judíos, sobre todo los que tenían contacto con el exterior. En el año 1952 en la Unión Soviética condenaron a muerte por traición a la patria y colaboración con el imperialismo americano a todos los intelectuales judíos que durante la guerra Stalin envió a los Estados Unidos con la misión de conseguir apoyo económica para la Unión Soviética que en esos momentos luchaba contra la invasión hitleriana Esos intelectuales fueron fusilados por orden de Stalin el 3 de agosto de 1952.

Desde que recibimos la carta del amigo comenzamos a enviarle encomiendas De mi tío nunca tuvimos noticias. Hasta que después de un año y medio, mi padre, que estaba en cama gravemente enfermo y tenía tiempo para reflexionar nos sorprendió con una duda sobre el destino de nuestros envíos. ¿Estamos seguros que los alimentos son entregados a Aron o no se mueven de la casa del amigo? Mi padre falleció sin conocer la respuesta. Tras una serie de gestiones recibimos una respuesta satisfactoria de mi tío Aron que se atrevió a escribirnos porque la política antijudía se había relajado y como la Unión Soviética, necesitada divisas, abrió las puertas de su territorio para el ingreso de turistas. Comenzó una correspondencia fluida con mi tío y mi madre comenzó a ilusionarse con una fantasía: viajar a Moscú para encontrarse con el único superviviente de ambas familias

En esa época yo me había asentado profesionalmente y podía darme el placer de que mi madre cumpliera sus sueños: fijamos las fechas, compré los pasajes, superamos los complejos trámites burocráticos y mi madre se preparó para la partida. En la mañana del embarque de mi madre recibimos una carta de mi tío Aron que contenía una frase desconcertante: “todos tus hermanos te vamos a recibir”. ¿Qué significaba esa frase? Mi madre, mi hermano Rodolfo, Dina y yo estuvimos analizando su significado y llegamos a la conclusión de que mi tío y su familia se sentían como hermanos nuestros.

Mi madre partió esa noche muy conmovida. A la mañana siguiente, cuando estaba en pleno vuelo hacia Moscú, recibimos otra carta de mi tío Aron que fue escrita antes de la que leímos el día anterior pero cuya entrega se había demorado y llegó un día después. En esa carta mi tío nos relató una historia sorprendente: una tarde iba paseando por Arbat, una famosa y peatonal calle de Moscú, y de pronto se quedó petrificado porque frente a él estaba, más vivo que nunca, Lazar el hermano mayor de mi madre que me amparó en mi niñez y cuya muerte lloramos tantos años. Los dos se sorprendieron, se abrazaron y lloraron de emoción porque

ambos creían que el otro había desaparecido durante la guerra. Pero la emoción se multiplicó cuando mi tío Lazar, le contó a Arón que todos los hermanos y sus familias se habían salvado. Mi mamá, como le dije antes señora Embajadora, no lo sabía, porque ya había partido para Moscú. Imagínese lo que sintió cuando al bajar del avión le dio la bienvenida toda la familia que creía muerta y por la cual siempre repetía que la habían dejado sola en el mundo. Una típica historia de la guerra, pero ésta vez con final feliz.

Mi madre volvió varias veces a la Unión Soviética para encontrarse con su familia. La segunda vez la acompañé yo, la tercera la acompañamos Dina, mi mujer, y yo. Nos reuníamos en Moscú y en Zoporizhia, una ciudad industrial donde algunos tíos residían y cada encuentro fue una fiesta. Yo me quedaba hasta la madrugada conversando con mi tío Lazar, cuya vida y la forma en que la relataba me fascinaban. Además de informarme sobre su participación en la guerra como militar trataba de convencerme sobre las bondades del hombre nuevo que el comunismo estaba construyendo. Mi mirada sobre el régimen era crítica pero él era un idealista convencido de que su ideología iba a triunfar para bien de la humanidad. Lamentablemente su historia personal, como la de otros millones de idealistas, le demostró que estaba equivocado.

Muchas de las historias que aquí relato, señora Embajadora, forman parte de un libro que publiqué hace años en España (del Taller de Mario Muchnik) y Argentina (Editorial sudamericana), que también se editó en ruso titulado Última carta de Moscú, en el cual final de la historia de mi tío Lazar no estaba incluida. La última vez que conversé hasta la madrugada con mi tío, que era, además de encantador, muy sobrio, me hizo una confesión. Había jugado un papel importante en la guerra, comandó con el grado de coronel una de las divisiones que tomaron Berlín, estuvo varios años en la administración del sector soviético de esa ciudad y luego, ya en la ciudad donde residía, Vinnytsia (famosa cuando se descubrieron los asesinatos de disidentes que Stalin había organizado en el año 1937), fue electo como dirigente destacado del Partido Comunista, al cual tanto se había entregado. Pero en el Cercano Oriente estalló la Guerra de los Seis días y la Unión Soviética cambió su política proisraelí por una política pro árabe y como mi tío era judío le sugirieron sin darle otra salida, que renunciara. Esa noche, sin embargo, aunque deprimido me ratificó su fe en el comunismo.

La única que tenía contactos con mis tíos era mi madre y aunque yo compartía un idioma con mi tío Lazar, el idish, no nos escribíamos porque la vida nos arrastraba hacia otros horizontes. Durante años no tuve contactos con ninguno hasta que un día recibí, desde Nueva York una carta en un castellano elemental escrita por un nieto de mi tío Lazar que, y ésta es otra sorpresa, me comunicó que sus padres, mis primos, y su abuelo, mi tío Lazar Golodner, se habían radicado en esa ciudad, el centro del capitalismo. Unos meses después Dina y yo volamos a Nueva York, nos encontramos con nuestros primos a quienes conocíamos y a su hijo Alex que trabajaba en un Banco de España, pero no pude ver al tío Lazar porque había fallecido unas semanas antes de nuestro viaje. Un auténtico idealista que creía en el socialismo terminó sus días en el país que ideológicamente representaba lo opuesto a su ideología, a la que entregó su vida.

Señora Embajadora Elena Leticia Mikusinski, le estoy muy agradecido por haberme dado la oportunidad de contar algunas historias sobre mi vida y la de mi familia, que sucedieron en Ucrania, el país de mi infancia ante el cual Usted representa tan dignamente a la República Argentina, el país que me acogió, el país donde nacieron y crecieron nuestros hijos. Un país que amo y al que pertenezco".

Abrasha Rotenberg

Dra. Susana Turyk



Dra. Susana Turyk

Doctora en Medicina. Especialista en Medicina Interna y Genética Médica

La Dra. Susana Turyk es egresada de la Universidad Nacional de Buenos Aires, especialista en Medicina Interna y Genética Médica. Es miembro fundador de la Sociedad Argentina de Genética Médica, fue presidenta de la mencionada sociedad y actualmente es miembro honorario.

Obtuvo diversos premios y distinciones y entre ellos: premio “Dr. José Ardití”, premio “Sebastián Bagó”, premio “Rodolfo A. Echerabide” y el premio “Ricardo Sáez”. Publicó más de cuarenta trabajos científicos. Asimismo, es coordinadora y/o directora de más de sesenta cursos nacionales e internacionales, así como

jornadas científicas dentro y fuera de la Argentina.

En el año 2018 la Dra. Susana Turyk fue distinguida por su trayectoria en genética por la Asociación de Médicos del Hospital Británico.

“Mi nombre es Susana Beatriz Turyk. Soy hija y nieta de ucranianos. Estoy casada, tengo tres hijos y todos ellos estudiaron en la “Ridna Shkola” en la Asociación Ucrania de Cultura Prosvita.



Dra. Susana Turyk recibe la distinción por su trayectoria en genética por la Asociación de Médicos del Hospital Británico



Dra. Susana Turyk en carácter de expositora en los congresos internacionales y directora de las jornadas científicas

Mis abuelos paternos nacieron en Radoshyn, región de Volyn, y los maternos nacieron en Sujivtsi, región de Rivne. En los años 1936 y 1938 mis cuatro abuelos llegaron a la Argentina. Los paternos se instalaron en el barrio de Valentín Alsina en Lanús (provincia de Buenos Aires), los maternos estuvieron un tiempo en la provincia de Chaco y luego se instalaron en Valentín Alsina también.

Mis padres, Juan Turyk y Lidia Jinochik, se conocieron y se casaron en la Argentina. Tuvieron dos hijos, mi hermano Eugenio, profesor de artes visuales e ilustrador y yo.

Toda mi familia siempre tuvo un rol muy activo dentro de la colectividad ucraniana.

Existen pocos parientes en Ucrania, ya que la mayoría vive en la Argentina. No obstante, conservamos muchos amigos en Ucrania.

Estudí en el liceo lingüístico de Lviv. En el año 2013 mi hija Stefania concurre a la Universidad Católica Ucraniana en Lviv. Esta formación académica nos permitió consolidar y aumentar nuestros conocimientos del idioma ucraniano, el cual ya hablábamos, escribíamos y leíamos en nuestros hogares.

Desde hace muchos años dirijo el Curso de Literatura Ucraniana en la Asociación Ucrania de Cultura Prosvita. Mantengo lazos académicos, con diferentes grupos médicos, culturales, literarios y sociales de Ucrania".



Dra. Susana Turyk con el grupo de literatura de "Prosvita"

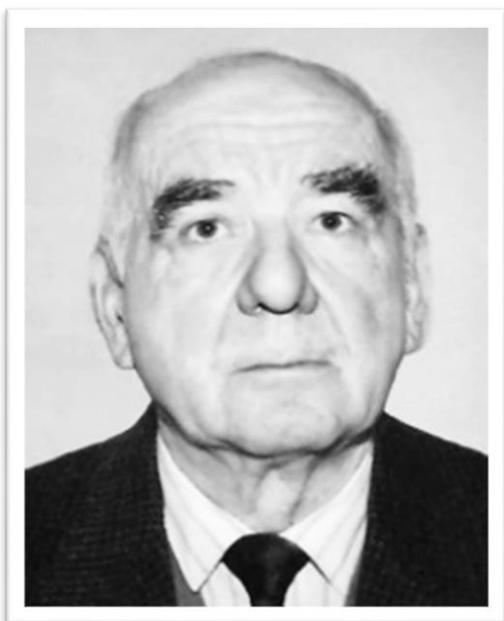


Foto de los emigrantes ucranianos en el barco “Jamaica” antes de llegar al puerto de Buenos Aires



Dra. Susana Turyk con su familia

En homenaje a WOLODYMYR KOTULSKYI



Wolodymyr Kotulskyi

SU LEGADO: EL MARTIN FIERRO EN UCRANIANO

Dr. Jeremías M. Taurydzkyj
(editor)

Víctor Budzinsky (colaboración)

Oleh Jachno (colaboración)

Wolodymyr Kotulskyi nació en Volyñ, Ucrania, en el año 1925. Durante la ocupación alemana fue maestro de escuela en su pueblo natal, perteneció a la Organización de Nacionalistas Ucranios y, ante el avance del ejército rojo, se trasladó a Occidente. Luego de varios años de campamentos de refugiados, en el año 1949

se traslada a la Argentina, primero a la provincia de Chaco y desde el año 1950 en Buenos Aires, donde en forma inmediata, se vuelca al trabajo en la colectividad ucraniana. En el año 1956 contrae matrimonio con Olga Bilyk.

Fue un incansable luchador por nuestra causa e identidad. Ocupó puestos de jerarquía en la Asociación Ucraniana Renacimiento siendo su Presidente en reiteradas oportunidades y redactor del periódico de la asociación “Nash Klych” (Nuestro Llamado), durante muchos años. Dirigió cursos de idioma ucraniano para adultos durante 17 años en la Asociación Renacimiento y también inició cursos de idioma castellano para principiantes de la



Wolodymyr Kotulskyi

“cuarta ola” venidos de Ucrania o sea, prosiguió ejerciendo su profesión de maestro durante toda su vida. Era su pasión.

En la colectividad ucraniana organizada también se destacó y fue presidente del Consejo Superior de la Representación Central Ucraniana en el año 1977 y, en 1981, fue elegido Presidente de la Representación Central de los ucranios en la Argentina, cargo que ejerció durante varios años con mucha dignidad y preocupación. Como tal participó de varios Congresos del Congreso Mundial de los Ucranios Libres, representando dignamente, en todos ellos, a los ucranianos de la Argentina.

En 1993 pudo volver a su amada Ucrania, y fue a modo de despedida. Sin embargo alcanzó su meta, su Ucrania natal era libre e independiente.

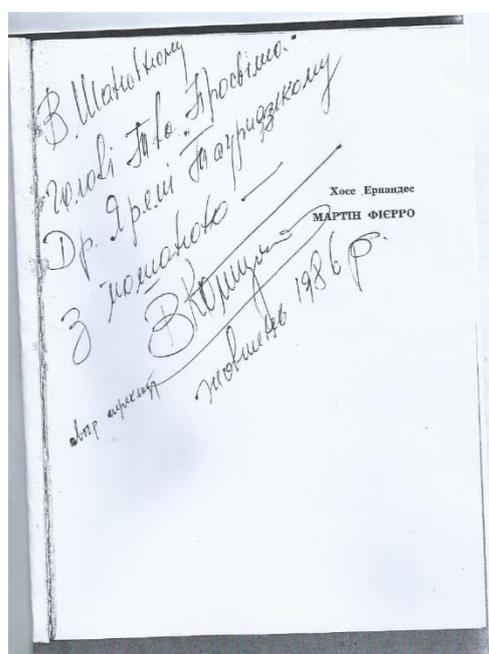
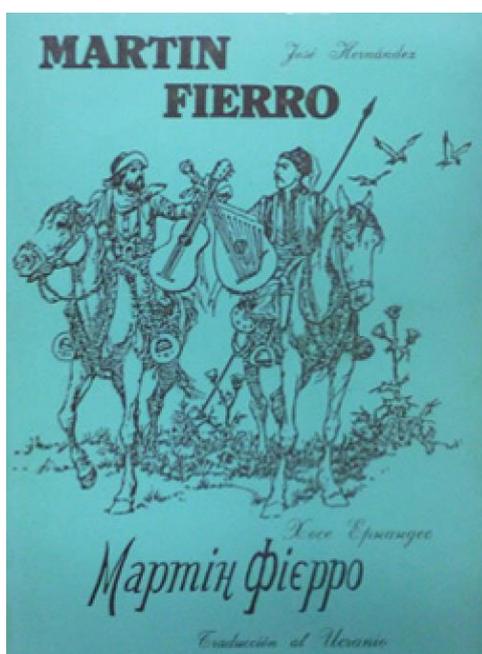


Comisión Directiva del Comité para juntar fondos para la construcción del monumento a Tarás Shevchenko en Bs. A. formada por la Comisión Directiva y miembros de la Asociación Ucraniana Renacimiento.

El presidente del comité es el Sr. Wolodymyr Kotulsky, en el medio (segundo desde la izquierda)

Considero, y en ello comparto la opinión de la mayoría de los ucranianos de la República Argentina que la culminación de su trabajo tanto social como nacional en la República Argentina, y como deuda de gratitud de todos los ucranianos a este generoso país, Wolodymyr Kotulsky tradujo al idioma ucraniano el MARTIN FIERRO del célebre José Hernández, con lo cual puso a nuestro idioma entre los más del centenar que han traducido la obra cumbre de la poesía gauchesca en la Argentina.

Y algo más para culminar este breve recordatorio del Señor Wolodymyr Kotuskyi, fue ante todo un caballero, modesto por naturaleza, respetuoso de las opiniones de los demás, se hizo querer por toda la colectividad y por todo quien tomara contacto con su persona. Su prematuro fallecimiento el 27 de julio de 1997, dejó un vacío muy grande en la diáspora ucraniana de la República Argentina, que lo recuerda con mucho respeto por una parte y un inestimable cariño por otra. Sirva este humilde homenaje para dejar plasmado en estas líneas un recordatorio sobre este gran ser humano, un ucraniano que contribuyó a popularizar a un grande “Martín Fierro” a su idioma natal.



Libro “Martín Fierro” en idioma ucraniano
Editorial de Julian Serediak, Buenos Aires, 1986

La señora Embajadora Elena Leticia Mikusinski agradece muy especialmente a

Miembro del Parlamento de Ucrania, Dip. Sviatoslav Yurash
Profesor Viktor Pogromsky

Agradecimientos por su colaboración en el presente número a

Sr. Abrasha Rotenberg
Sr. Oleh Yachno
Dr. Jeremías M. Taurydzkyj
Sr. Víctor Budzinsky

Al equipo de la Embajada Argentina en Ucrania

Lic. Lessia Miliutenko
Lic. Alejandra Wasylyk